

# CONFERENCIA

a cargo de

**EMILIO S. BELAVAL**

**TEMA: El Sentido Religioso en la Creación**

La figura destacada del Conferenciante en el mundo literario, su merecido prestigio de jurisconsulto ilustre y su elevada posición en la vida pública, son índice seguro de la importancia que habrá de revestir este acto cultural y de la acogida entusiasta de que habrá de ser objeto.

Fecha de la Conferencia: Domingo 13 de marzo de 1966, a las 9:30 de la mañana.

Sitio: Auditorium de la Academia del Perpetuo Socorro, al lado de la Iglesia de Miramar.

La Sociedad del Santo Nombre, Capítulo del Perpetuo Socorro de Miramar, que tiene el privilegio de auspiciar este acto, invita cordialmente para el mismo a sus propios socios y a sus familiares, a las damas y a los caballeros todos de la feligresía de la Parroquia y al público en general, y les dice:

**¡BIENVENIDOS TODOS!**

**RECUERDESE LA FECHA:** Domingo 13 de marzo de 1966, a las 9:30 de la mañana.

Et Coro y los niños -  
Orde de la Iglesia

---

W John. Wernes  
Samuel Saldevill -  
Abelst Suartz -  
Luis Bero -

---

## EL SENTIDO RELIGIOSO DE LA CREACION

Palabras para la Sociedad  
del Santo Nombre de la Igle-  
sia del Perpetuo Socorro de  
Miramar.

Hoy es día viernes, día de misterio doloroso, inabarcable oración en el huerto de los olivos. ¿Qué pensaría nuestro desolado Jesús en este último instante de recogimiento terrenal que le concede la brutalidad de la idolatría? ¿Cuál fuerza virginal o poder de ánimo entraría en vigilia: Su alma bien cuidada de Dios o su cuerpo atormentado de hombre? Es difícil imaginar a nuestro Dios acorralado por la idolatría. Una leve cólera de su brazo poderoso bastaría para dejar prostrados en el suelo a los ídolos. Es preferible imaginar el otro sufrimiento, el del hombre que al intentar una reforma profunda en el minúsculo campo de batalla del corazón humano, no logró destruir la desilusión de aquellos que esperaban al guerrero resplandeciente que reconquistaría las devastadas tierras de Israel. Como hombre, nuestro desolado Jesús tenía que sufrir, además, el riesgo intransferible de la incomunicación con el otro hombre, la doliente soledad del ser humano, cosa de raíces tan ignotas, que todavía las ciencias del hombre no han logrado pasar del primer borrador ontogénico. La verdad es que nuestro cuerpo no pasa de ser otra cosa que una débil torre abierta al misterio y al error.

El pedazo de naturaleza que rodea a Nuestro Señor es también doloroso. La naturaleza sufre junto al hombre estados de ánimo que no siempre son fáciles de imaginar. Una noche acaba de aparecer y los presagios de la nocturnidad empiezan a apoderarse del dorado véspero de la última cena. El diálogo de las hojas anuncia uno de esos hechos sombríos y virtuosos que pueden cambiar el

curso de la historia. Esto es una noche en que hay que mirar al cielo con una esperanza implacable, porque el decreto de retirar al prisionero de la vida terrestre del martirio, tiene que llegar desde la casa del padre. La creación entera fue un regalo de nuestro Dios, bien llamado el Todopoderoso, para el hombre; quizás la primera donación sólo fue un ensayo y la idea divina era entregarle la creación a Su Hijo; que fuera para El que se creara el mundo limpio y la humanidad altruista con que todavía seguimos soñando. Nuestro desolado Jesús no quiere el auxilio del cielo. Ha dejado El demasiado prendas en la voluntad divina, para darse cuenta que la piedad del Padre podría detener la obra del Hijo en su momento más fecundo y doloroso.

Esta noche se consuela contemplando el cuadro emotivo de la tierra oscurecida bajo un cielo al cual restringe una súplica en el momento que más dispuesto estaba a aprontar su proximidad. Las casas se han echado buscando la secreta fortaleza de la tierra, los ojos se esconden detrás de los encajes de madera, el trémolo del rabel y la risa hueca de los zampoñas cuelgan sus melodías en un clavo del desván; los rumores de la noche calzan escarpines de duende antes de desaparecer en el fondo cabalístico del desvelo.

Cuando se está pendiente de la palabra del cielo, la naturaleza se cierra como un abanico despavorido. Es difícil evitar la substracción de la totalidad; partiendo la creación en dos mitades, solemos decir para nuestro fuero: allí arriba está mi Dios y aquí abajo, yo. Cuantas veces logramos escindir la creación en dos mitades, nos sobrecoge el espanto de sabernos alojados en la parte más oscura de la creación. Como que se comprende

por qué los antiguos idólatras se aferraban a la idea de un Dios alojado dentro de la naturaleza. Mas para nuestro desolado Jesús no había una creación escindida en dos mitades. El conoce el secreto divino de la substancia única, la unidad de la materia en todo el universo visible. Hay una entera substancia eléctrica en lo creacional. Basta contemplar el frente opesadumbrado del Orante para descubrir la extraña luz de un más allá reflejada en su pesadumbre, el sobrehumano peso de un cielo. El mismo Jesús es como la escultura de la conjunción de los dos mitades ontogénesicas, buscando en el arcano, la perfección de un destino. Natural es que un hombre así creado, no conociera el pánico terrestre.

Las ontologías del misterio creacional, algunas de cuyos poéticas imágenes recogieron los salmistas y los evangelistas, tratan todos los secretos del agua, del aire, de la tierra, de la luz; los acentos recónditos de los más inesperados epitafios de la materia adormecieron el primer sueño ingravido del "germen" divino, cuando todavía la mano de Dios no sabía de qué almario pendería su Hijo, junto al saber del espíritu maestro que intervendría en la obra de la creación. El desolado Orante de esta noche angustiosa sabía cuáles eran sus poderes y sus abstenciones. Sin tener que hacer uso de ningún cobertor mágico, podía echarse a dormir en el bosque y las fieras hundirían sus fauces mansas en el lodo para no despertar aquel sueño que no necesitaba siquiera de unos ojos que lo soñaran. Acudieron las hormigas con los briznos más menudas del trigo y las abejas con la gota más filtrada de sus ombroses a alimentar su sueño. Sabía hacerse obedecer, por las aguas y el viento, saludar a las flores antes de éstas haber nacido, andar de noche con peso

resplandeciente y caminar de día con tranco de fantasma; empujar los olmos más criscos y hacerse amar por las aves más apartadas de la esperanza del hombre. Pidió permiso para tener ojos padecedores, boca con palabra berrada en la primera oreja de la lejoría, llevar manto, desdibujar su origen divino entre los vellones de las ovejas, reducir su espacio intmaginable por las pequeñas aldeas dormidas bajo los torrentes domesticados de los congilones, hacer sus milagros junta a un pozo seco, en el patio de una casa, en el escendrije horaposo del apestado.

Tampoco tenía pánico la naturaleza. En alguna forma vedada al conocimiento, la naturaleza sentía correr por su cuerpo ubérrimo el largo estremecimiento de una obra intervenida por la idea divina, cuyo final o encrucijada no era cosa de este mundo. Existe la obligación intelectual de salvar a las palabras de las distorsiones a que las somete la leyenda. La leyenda había sido la "nada", el "caos", la pluralidad de los dioses, el "centro" terrestre; la verdad, la ciencia, la intuición divina que anticipa el descubrimiento, es la "creación". La primera descripción, el concepto cosmogónico de la creación, está en el Primer Libro del Pentateuco de Moisés. Por él sabemos que la organización creacional empieza por el cielo. En el cielo, además del alto firmamento, del centro único, está el bajo firmamento, la bóveda celeste, el sistema solar, los cuerpos luminosos que han de distinguir el día de la noche, las estaciones, los días, los años, la compleja relojería de los solsticios, de los fajos zodiacales con las agoreras mansiones de la astrología, las lunaciones, el sistema aéreo con su calendario de germinaciones y su distribución de simientes, en fin, los

elementos del "medio" más irreductible; esto, además, la infinitud.

Nunca sabremos cómo agradecerle lo suficiente a Dios que la mayor complejidad de la estructura creacional se encuentre arriba, en el cielo y la mayor simplicidad esté situada abajo, en la tierra. Sin embargo, nosotros, sin ningún ideal metafísico, pertenecemos al cielo. Basta pensar que estamos insertos en el sistema solar para darnos cuenta que desde el principio de la creación un tanto redimidos quedamos de la angustia de la nebulosa. Además, nos libramos del culto al sol de los antiguos egipcios y aún de algunos vecinos nuestros en la América Latina. Es bueno recordar que en los estudios de la prefilosofía hebreas, hoy ya una separación de las creencias de los egipcios y de los mesopotámicos de que existía entre el hombre y la naturaleza una correlación esencial y empieza a tomar cuerpo nuestra actual escatología: la creencia en el más allá. El ingenuo imperialismo religioso del egipcio que adoraba el sol como la clave de todo su misterio existencial habrá de legarnos la primera pequeña razón de la ubicuidad - del ser presente en todas partes - del monoteísmo. Sólo que el sol tenía la desecuada costumbre de esconderse con cada ocaso y el mundo sentía la necesidad de un sol que resplandeciera siempre. Este ser, en eterna vigilia, tenía que estar más allá de la naturaleza, vivir lo mismo entre soles que entre luceros. Lo divino no era immanente a lo natural, como a su vez creyera el cándido parentesco mesopotámico. Lo divino era la más alta forma estructural de la trascendencia.

Pero en el principio, según el primer Libro del Pentateuco, "la tierra, empero, estaba informe y vacía y las tinieblas cubrían la superficie del abismo y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas". Pronto lo informe habría de conformarse en un paraíso y el vacío en espacio terrestre poblado; yerba verde, plantas fructíferas; animales de cada género habría en la tierra; aves volando sobre la tierra aunque debajo del firmamento; peces, animales y volátiles habría sobre las aguas reunidas debajo del firmamento. Si se examinan estos términos descriptivos sin ninguna petulancia de juensabido y con el ojo simple del que pretende mirar lissamente la realidad de los cosas, sorprendida queda ante la proporción que guarda el mundo creado con el hombre que ha de habitarlo; yerba verde que daba simiente, pero no de condición tal que no pudiera volar, cuando se lo ordenaron las voces del viento anciano, evitando de este modo que el habitante pereciera dentro de un océano vegetal que todo lo arropara; plantas fructíferas que daban frutos conforme a su especie cada uno conteniendo su propia simiente - higos, dátiles, uvas, trigo, maíz, aceitunas, centeno - animales de cada género, pero estos animales habían de ser limpios, si recordamos la advertencia que se le hace a Noé de llenar su arca con más animales limpios que sucios; animales domésticos; bestias silvestres, todos configurados a escala con quien ha de labrar la tierra, apacentar las ovejas, tender las redes; aves que sepan tornar a los corrales; peces que no rompan las redes ni hundan los barcos. Este es el mundo eclógi-co que ha de servir al hombre primero; ha de esperar a Jesús. Se ve que la idílica creacional se inspira en las tareas patriarcales de la civilización agrícola; de la pesquería, de la caza.

Esto explica por qué cuando el pecado trastorna las proporciones y aparecen sobre la tierra las estructuras monumentales de los animales prehistóricos el plan de la creación queda como confundido.

No temo por qué sentir pánico la naturaleza. Los árboles apenas se estremecían cuando las furias del viento se ensañaban contra sus ramas; las cuevas del desierto no se atemorizaban si pasaban frente a ellas los leones; los flores pálidos de los barbechos no sentían repulsión ante las babas azulencas de los camellos. Por todo el paisaje árido había arbustos niños cambiando voces con los cedros adultos; barcos tendidos sin rubor junto al pecho amoroso del escantilado. El aire enamoraba el eco cautivo que lleva entre los brazos desde el mismo día en que se echó a andar. No había forma de darle vigencia a la tajante división que hizo Aristóteles de una tierra corrompida y unos cielos incorruptibles. La creación era una estampa divina, en la cual reunidos estaban, los designios providenciales con las necesidades humanas, la composición mística con los talismanes de la fe, los balsamos escogidos en el mismo instante del nacimiento de la flora, los materiales cósmicos de más alta virtud con los de más modesta aptencia, el granero de una naturaleza intervenida por la mano de Dios. El ensueño creador de Dios incitado había la piedra a velar, el cue a convertirse en espíritu, la madera a adquirir los tintes hipnóticos de un bosque sagrado, las hachas a hendir los cantares de la noche-cida. Nada había en la creación sin sentido; todo tenía pureza, protección, utilidad dentro del complejo plan concebido para la protección del hombre. Por eso se ha llamado a la creación la imagen de un Dios escondido. ¿Por qué no podría el hombre

entrar a formar parte de la creación? ¿Por qué no se atrevió a destruir de la ingente libertad, que le había dado la encarnación del verbo en un ser humano?

La verdad era que había en el fondo del hombre un miedo quimérico. Creía que estaba atado irremisiblemente a un destino animal, que no había forma de evadirse del mal, de los frutos de la violencia. Sólo hubiera tenido que mirarse en los ojos cándidos de una oveja para entender algunos de los signos de la redención. Después de habersele proclamado usufructuario de una naturaleza capaz de curar cualquier pánico creado por el terror antegene-síaco, el hombre, en cuya busca había salido Dios con un caput milagroso, seguía cavilando, con la mirada fija en el vacío, en espera de alguien quien ya estaba a su lado, sin lograr que él se diese cuenta de su sobrenatural compañía; en espera estaba de un guerrero resplandeciente cuando para redimir el mundo sólo bastaba una voz triste, unos ojos ardidos, el rumor de una sandalia caminando en la ultra noche. -¿Hacia dónde va el buen pastor en esta noche de tormenta?- se pregunta la gente cuando escucha este valeroso caminar.

¿Por qué hubo de escoger el hombre el sombrío refugio de la penumbra animal cuando frente a él estuvieron los más egregios "modelos" de una sociología espigada en una alta virtud, una auténtica sociología vertical?: Una familia sagrada, una familia modesta, mas ungida por el óleo de la misericordia divina, custodiada por los ángeles y las voces que bajaban los augurios y los vaticinios hasta los oídos del padre. El padre era un carpintero que se había fabricado su propia barba con los aromas virutas

que respaba de sus cedros y sus sándalos; la madre, una purísima imagen del amor immaculado, acostumbrada a sembrar estrellas en cada mirar, visitada por reyes y mendigos; el niño, un niño que juega, haciendo sus primeros aprendizajes de Santidad junto a los corderos, sin otro compañero que lo guarda de un solo ángel, puesto ya a discutir con los doctos y a dejarse instruir por los mansos de corazón, aplicado en el libro que le pone frente a los ojos un ángel vaticano; ya sabe cómo puede un escolista hacer una cruz con dos maderos desiguales, porque se lo ha dicho su padre. Esta es la imagen de la familia que nos brinda el diseño sagrado de la creación.

Detrás de esta serena y tranquila imagen de la familia está también el sentido religioso de la creación, la dependencia al varón, la imagen de la domesticidad, de la distribución de tareas familiares de acuerdo con el sexo: para el hombre, la acción exterior, la lucha contra la naturaleza, la comunicación con la empresa vecindaria, con el poder del soberano, el patriarcado; para la mujer, el régimen interior, la vigilancia del culto cristiano, la transmisión de las mejores tradiciones familiares, la conservación de la lengua vernacular, la maternología.

La técnica para extraer de la naturaleza los bienes que necesita el hombre para sobrevivir, está encomendada a una sola herramienta. La más eficaz herramienta para el trabajo está en la mano del hombre, y dentro de ella, el más noble calor para la siembra, la paciencia más trémula para la pesca, la mano guiada por el ángel que trabaja junto al alfarero, la mano escultora. ¿Por qué había que destruir este mundo si era como la presencia del Espíritu en las cosas de la tierra?

El desolado Jesús que oraba en este último instante de recogimiento terrenal es un hombre, pero un hombre que sabe que dentro de El estaba el sentido pleno de la creación. Se ha librado de los artimañas de la superstición; sabe que en su destino no hay ataduras naturales ni aberraciones idólatras; tiene el pleno concepto de la masculinidad, el del hombre bueno, el del hombre justo, el del hombre valeroso; mira al cielo sin temor y sin malicia, y siente en la palma de la mano, vibrar todas las fuerzas virginales del cosmos. Para que El pueda sentir el dolor de esta confusión basta sólo recordar cuánto ha tenido que ser reformado para lograr su actual destino; ha habido que reformar las ciencias de la naturaleza, para que la prisionero del terror cataclíptico, pudiera sentir el mismo ensueño de cielo que consume ordientemente el alma del hombre; reformar la historia para sacarlo del error de las oscuras idolatrías de la leyenda y hacerlo vivir la pasión del tabernáculo, la libertad del hombre frente a la naturaleza y su inserción en el orden cósmico de la totalidad; reformar la cultura para que recoja el misterio total de la tierra, pero de una tierra inserta en el cielo, no sólo por su filiación astronómica, sino por su augusta atadura a la unidad creacional.

Esta irrecusable medida antropogeográfica de la cultura adquiere tal transparencia en el sentido religioso de la creación, que no comprendemos cómo se puede aún hablar de una educación científica desligada del destino trascendente del hombre o de una cultura del hombre desligada de la tierra, o de un saber de la tierra despreocupada de la sabiduría del cielo, sin romper la profunda armonía.

constitucional de la vida humana. Tan fuerte dentro de la unidad de todo lo creado es esta re-ligación de los componentes espacio-temporales del mundo físico y del hombre que hace imposible cualquier separación de categorías o multiplicidad de sentidos o diversificación de radicales filosóficas con la idea de enfrentar al cielo con la tierra, al Padre Todopoderoso con el Hijo Todomagnánimo, al buen Jesús de nuestra selecta amistad con el hombre, al hombre con la naturaleza, la naturaleza con la historia, la teoría con la experiencia, el espíritu con la intuición de la divinidad. Planos para todo tiene nuestra vida, siempre que nos sentimos unidos en todo momento al alto y hondo complejo de la existencia cósmica. Y el Señor para quien la tierra fue lavada y las cosas hechas de nuevo, el Señor que había de representar la voluntad sobrenatural y la agencia de la condición humana, orando está en un huerto modesto, un rincón de naturaleza al cual no han llegado los halagos sensuales del arte, un huerto con olivos y con espinos, en espera de unos labios sombríos.

¿Por qué ha de ser un hombre, casualmente un hombre, el que ha de romper todo el sentido religioso de la creación, el que ha de silenciar una sapiencia, que por primera vez ha encontrado una voz justa para hablar? Cuando todavía el hombre no había podido evadirse de la sombra del immanentismo naturalista, y creía que el sol era el centro del universo, se podía uno explicar este desdén o esta usura del ánimo, o el gesto dispendioso de comprometer el destino del alma. Mas ahora ya se sabía que el Dios de todas las gentes está dentro y fuera del sistema solar y que ahora Él era el centro del universo, espacio que tenía el Padre reservado para su hijo, el "germen" ambroso de la divinidad, modelo de todo lo creado. Puesto que envuelto en carne mortal andaba el hijo de

Dios y en el mundo de los hombres habitaba, sin pedir más derechos que los de la proximidad, el hombre podría confiar en que El mismo por primogenitura de amor y razón de semejanza podría ocupar el centro de lo creado. ¿Cuál podría ser la razón de este desgarramiento? Puede ser que el choque con las concepciones, paganas del destino miserable del hombre o la servidumbre humana que creaban los idolatros orientales fuera demasiado violento. La verdad es que la teoría cristiana considera el hombre como centro del universo. Scavini nos advierte que: "La encarnación ha roto el cerco del immanentismo pagano en todos los sentidos, desde los más metafísicos hasta los más empíricos; por esto se ha producido una re-consagración de todo el universo restableciendo la personalidad humana, otra vez orientada hacia el verdadero Dios, absoluto y trascendente pero al mismo tiempo Padre amoroso de sus criaturas que han vuelto a ser sus colaboradores conscientes como en otro tiempo en el Edén".

Frente a la abierta licencia de los cultos naturalistas, el plan religioso de la creación representa una indeclinable restricción de la conducta ética. Si bien es verdad que libera al hombre de la naturaleza y preservando el "sople o espíritu de vida" de la inmortalidad humana, instituido por el Génesis, el árbol de la ciencia del bien y del mal que Dios hace nacer en el paraíso, pone al hombre ante el dilema de escoger entre la disciplina de los apetitos, el uso moderado de los bienes edénicos, la proscripción de la evidencia y el camino pelado que conduce a la muerte. El plan religioso de la creación puede sustituir al mosaico pagano de las supersticiones, porque en sí mismo, dicho

plan es una estructura admirable del ser de razón, un orden intelectual, una confianza en la capacitación del intelecto humano para escalar los últimos peldaños de la escatología. La verdad es que la "creación" toda se nos presenta como una <sup>proposición</sup> lógica, con una pureza de supuestos y unas revalidaciones en la experiencia mundana y en la revelación trasmundana que nunca podrán ser obnubiladas por la ciencia del hombre.

El secreto que guarda el sentido religioso de la creación es que a pesar de considerar la totalidad de lo creado, alcanza la mayor simplicidad en su diseño institucional. No ha habido plan de salvación, proyecto científico, estructura utópica o modelo de sociedad ideal que se haya enfrentado con mayor virtud y sabiduría a la sobrevivencia del hombre. La relación del hombre con la divinidad es directa en cuanto a la soberanía de Dios Todopoderoso, creador del universo y de su Hijo Jesús Todomagnánimo, Redentor del mundo. Las culpas del hombre serán remitidas al espíritu maestro que rige la creación para una posible rehabilitación, desde la alta filosofía de la condonación de culpa que inspire la redención del ser humano. La salvación del alma alcanza al cuerpo.

Dentro del diseño creacional, el origen de la sociedad humana no es una organización política, ni un contrato social, ni una necesidad de multiplicar poderes o facultades para suplir las limitaciones del hombre, sino una re-ligación mística entre creador y creado, inspirada en una paternidad extranatural irrepetible que derive sus poderes consagrados del núcleo trinitario original. En este parentesco troncal queda a su vez re-ligado el hombre con el otro hombre y asegurada la extrema

igualdad de los seres humanos. Toda la creación está formada por una substancia básica que obedece a la multiplicidad de propósitos místicos y humanos que mueven la mano de Dios. El espacio está creado por esta sola materia y la distribución entre el tiempo místico y el tiempo útil queda a voluntad del hombre. Existe una correspondencia entitativa entre el hombre y la tierra y entre la tierra y el hombre. La salvación del hombre alcanza a la tierra. Limpias han de mantenerse los cielos y los aguas. La proporción del hombre con la naturaleza ha de servir de modelo a la relación de lo viviente con lo institucional. Ninguna institución puede tener como finalidad oscurecer el destino del hombre sobre la tierra. La libertad de Dios y su Hijo sobre el universo es absoluta; la libertad del hombre ante el mundo sólo está restringida por los mandamientos de la Ley de Dios, los sacramentos, las prescripciones del rito, la nueva teología de las causas terrestres.

Es impresionante el gênos de auténtica libertad humano, limpio en sus raíces, frondoso su sombro, que inspira la obra creacional. La proporción del tríplice fundamental del cual depende la solución del misterio humano - naturaleza, historia, cultura - encuentra su más prístina resolución en lo creacional. Los materiales cósmicos aprestan sus insospechadas virtudes minerales para la confección de una naturaleza que, frente a la imagen ultragenésica del "coos" es como un jardín, cuajado de frutos, esperando las noticias de su dueño. El cuerpo humano necesita de todos los componentes químicos, de todas las seguridades de orden físico que contiene una naturaleza arreglada al designio providencial que habrá de crear el orden humano; los cuerpos exóticos de la leyenda; el obigarrado desfile de los mitos, las ideaciones penitencísticas de las primeras concepciones del medio que contienen las religiones

idólatras, el cuerpo de la esfinge interrogando el vacío que la circunda, los cultos del terror, del destino rosa dentro de los cuales se desangran los esencias de lo humano auténtico, quedan ahora convertidos en un cuerpo de principios en los cuales las intuiciones providenciales de los altos categorías celestes, los signos de la experiencia y los designios inmortales del alma humana constituyen este admirable epítome del saber que conocemos por historia.

La creación es una ordenación histórica de primer orden; en ella la astrología, los animales sagrados, las fuerzas ciegas de una naturaleza todavía hirviendo en el desorden primario se han convertido en ciencia, en ética, en sentido de la totalidad, en orden. Los primeros embelesos ante un orden natural que ha de buscar su unidad, su significado, su tránsito a través del tiempo, su misteriosa ligazón a un todo cósmico, unitivo, orientado queda el bien, dispuesto a recoger el dilema insendable del bien y del mal, el designio trágico de la impotencia del barro a convertirse en estatua ante la munificencia del cielo.

Las ciencias, poco a poco, han tenido que rendirse a la legitimidad de esta impresionante descripción del momento celeste en que nuestro mundo sale de una maraña, se organifica, se vuelve verdad, se convierte en destino, ante la totalidad. Al hablar sobre la estructura del universo, dice el sabio profesor Whitrow: "Las consecuencias filosóficas de la Teoría General de la Relatividad son, quizás, más sorprendentes que las pruebas experimentales. Como nos ha recordado el Obispo Barnes, 'lo que pasma en las ecuaciones de Einstein es que parecen haber salido de nada'. Hemos dado por supuesto que las leyes de la naturaleza tienen que poderse

expresar en forma invariable en todas las posibles transformaciones de las coordenadas del espacio-tiempo y asimismo que la geometría del espacio es riemanniana. De esta base exigua se han derivado fórmulas de gravitación más exactas que las de Newton. Como señala Barnes: "Parece irresistible la conclusión de que las leyes naturales como el principio de la conservación de la energía, el principio de la conservación de la cantidad de movimiento y la ley de gravitación son consecuencias necesarias de nuestras maneras de medir. Pero en realidad son identidades elaboradamente solapadas que podrían haber sido predichas a priori por un ser de tal penetración analítica que comprendiera completamente cuanto está implícito en el modo como medimos los intervalos de espacio-tiempo."

Hasta hace poco, no sé si todavía, era frase favorita de los sociólogos achacarle todos los errores de la extrema complejidad de nuestra vida, o las complicaciones innecesarias que crea el hombre mientras vive. No podría ser válida ante el diseño de la creación religiosa, esta aseveración. Frente a la complejidad del mundo moderno se puede ofrecer como una proposición ontológica para el porvenir, la concepción religiosa de la creación. Si todavía fuéramos capaces de reformarnos, el plan que debemos trazarnos es procurar por todos los medios posibles del conocimiento, la más radical simplificación de la sociedad humana. Por otro lado, no habrá forma de sentirnos seguros en el mundo sin la seguridad de soberanos re-ligados a la divinidad y al otro hombre que con nosotros comparte el orden humano por un plan moral. Desde principios de siglo, la alta cultura de nuestro tiempo nos tiene prometida una tercera navegación filosófica, esta vez en busca de Dios.

Sin embargo, el sabio de nuestro tiempo todavía rehúsa participar en cualquier navegación filosófica o indagación científica que lo enfrente al problema de Dios. Honradamente creo que no podremos aspirar a ninguna salud de las ideas o menos que estemos dispuestos a encaminar la barca del nuevo ergonauta hacia la totalidad de lo creado. Mientras tanto, acompañemos a nuestro Jesús en su inabarcable oración en el huerto de los olivos, su último momento de reunión terrenal antes de someterse a la brutalidad de la idolatría; a pedirle perdón una vez más por una ofensa, que mientras más pasa el tiempo, menos sentido tiene.

EMILIO S. BELAVAL

Puerto Rico, 1966